



Fórmulas añejas en los nuevos productos turísticos

Antonio Barrero

Lo que se da en llamar turismo activo está captando cada vez más la atención del mercado, una denominación que engloba propuestas que quedan distribuidas en tres grandes áreas: Turismo de Naturaleza (campings, casas de labranza, rutas ecológicas, granjas, parques naturales...), Turismo de Aventura (trekking, senderismo, alpinismo, submarinismo, parapente, safaris fotográficos, rafting, recorridos en bicicletas y todoterreno...) y Turismo de Cultura (rutas arqueológicas, religiosas, históricas, parques temáticos, viajes de idiomas...) Y es que el hacer turismo se liga ahora a actividades complementarias, “actividades que normalmente tienen que ver con la naturaleza, la aventura o la cultura”.

Según algunos autores, nos hallamos sin más ante el tercer eslabón del desarrollo de esta industria: primero fue el hotel, después llegaron el apartamento y las urbanizaciones costeras, y ahora nos encontramos en la tercera fase, la del denominado turismo activo. Sea como fuere, lo cierto es que, bajo el epígrafe en cuestión tiene cobijo casi todo. Parece evidente, no obstante, que nada o muy poco tienen en común el parapente y las rutas religiosas, o una casa de labranza y un parque temático. Parece evidente, y sin embargo Port Aventura (con su proclama “Tienes que conocer Penitence, el pueblo más divertido del Far West”), el Grupo de Ciudades Patrimonio de la Humanidad, Benidorm, Torremolinos y la Ruta de las Tabernas de Córdoba han compartido y comparten espacio y

*"La industria,
preocupada por
el descenso de
los ingresos del
turismo de sol y
playa, inunda el
mercado con
ofertas verdes"*

Adaptación del trabajo publicado en la revista *Ecosistemas* nº 16 bajo el título: *FITUR, fórmulas añejas en los nuevos productos turísticos*.

tiempo en las secciones de turismo activo en las últimas ferias internacionales.

Mayor rigor en la selección se aprecia en *Otras Fronteras*, “guía-directorio de empresas que suministran servicios a quienes convierten su tiempo libre en ocio especialmente activo”. Nos encontramos ante una *Guía de empresas de turismo activo* -que así reza su subtítulo- que detalla, además, una relación de actividades “de aire libre” en la que “no estarán todas las que son”, pero en la que sí “hemos hecho todo lo posible por asegurarnos de que, todas las que están, lo sean” en realidad. Se trata de un proyecto desarrollado por Carlos Martínez Massa bajo el auspicio del Plan de Competitividad del Turismo Español-FUTURES. Este directorio pretende ser un instrumento útil “para aquellas personas que, a través de la práctica de estos “otros” deportes, buscan una comunicación directa con la naturaleza de una forma no agresiva para con ella”.

La citada guía se divide en cuatro apartados -aire, agua, tierra y nieve- y enumera hasta 23 actividades distintas, desde las travesías en globo hasta la espeleología. Se trata, en fin, de actividades llevadas a cabo al aire libre, y a través de las cuales, se afirma, el hombre busca la comunión con la naturaleza; una comunión que, huelga el aserto, excluye cualquier agresión al entorno. No caben, sino más allá de las *Otras Frontera*, los recorridos en todo terreno y los safaris fotográficos

"Primero fue el hotel, después llegaron el apartamento y las urbanizaciones costeras, y ahora nos encontramos en la tercera fase, la del denominado turismo activo"

¿Qué es, pues, turismo activo? Tanto *Otras Fronteras*, *Guía de empresas de turismo activo* como la *Guía del Turismo Activo* incluyen entre sus ofertas numerosas actividades que se desarrollan a pie de playa, y numerosas otras que sólo han lugar tierra adentro. El buceo, el descenso de cañones, la navegación a vela y las rutas a caballo son sólo algunas de ellas. El escenario, pues, parece intrascendente. Turismo activo no es, por ende, sinónimo de turismo rural; ni el turismo rural es una variante del turismo activo, como sorprendentemente sostienen algunos autores. El turismo rural se define en términos espaciales: es aquel turismo cuyo teatro de operaciones no es otro que el mundo rural. Punto. Por otro lado -y aprovecho la ocasión- sus protagonistas pueden ser hombres y mujeres amantes de la naturaleza, sí; viajeros respetuosos con el entorno, desde luego; turistas concienciados en la sostenibilidad, indudablemente; pero también pueden ser -debería holgar- auténticos bárbaros (el turismo rural todavía no santifica).

Si seguimos la línea apuntada en *Otras Fronteras*, es decir, “activi-

dades ejecutadas al aire libre”, “comunidad con la naturaleza” y “respeto al medio” -características a las que yo añadiría cierta dosis de riesgo- hemos de concluir que bajo el epígrafe cuestionado no cabe el turismo de cultura. ¿Aire libre? No siempre. ¿Comunidad con la naturaleza? Tampoco. ¿Riesgo?...

Cajón de sastre

Las propuestas de turismo activo que se aprecian se distribuyen en tres grandes áreas: turismo de naturaleza, turismo de aventura y turismo de cultura. La presentación no deja lugar a la duda. Y, sin embargo, ya hemos comprobado cómo difícilmente caben distintos entre el turismo activo -entendido como lo entiende *Otras Fronteras*, proyecto que cuenta con el respaldo de la Secretaría General de Turismo- y el turismo de aventura. Es más, quizá sea preferible esta última formulación: el término “aventura” implica la idea de riesgo, y es precisamente la idea de riesgo la que distingue esa experiencia turística de las demás.

El practicante de “estos otros deportes” -sigo manejando términos de *Otras Fronteras*- “busca una comunidad directa con la naturaleza de una forma no agresiva para con ella”, decíamos antes. “Para alcanzar este objetivo -añade ahora la Guía-, nada mejor que empezar por ser respetuosos con la propia naturaleza personal, siendo prudentes y evitando aquellas actividades para las que, física o psicológicamente, no se esté en condiciones”. La experiencia turística, una experiencia que asociamos instintivamente al hedonismo, presenta entonces una dimensión aparentemente impropia, desconocida; ahí radica, quizá, la novedad: la búsqueda de la satisfacción personal sigue presidiendo la actividad, desde luego, pero el esfuerzo invertido para lograr ese placer no tiene apenas parangón con las otras maneras -las tradicionales- de hacer turismo. Es el riesgo, la tensión, el afán por superar los desafíos, lo que define y distingue a esa experiencia, el turismo de aventura - el término “activo” empobrece la caracterización y anima la confusión-, de las demás.

Aparece en el paquete el turismo de cultura. Pero éste no supone la implicación del turista en el “medio”, carece de la dosis de riesgo propia del turismo de aventura, y evidentemente no es nuevo: se han multiplicado las ofertas, pero su caracterización sigue siendo, en esencia, la misma que antaño. Cabe la pregunta: ¿por qué, pues, activo?

Y, por último, el turismo de naturaleza: campamentos de recreo - los mal llamados *campings*-, casas de labranza, parques naturales,

"El turismo rural no santifica: entre sus practicantes puede haber auténticos bárbaros"

"El daño ambiental más importante (y, sin embargo, no lo suficientemente tenido en cuenta) lo producen los viajes aéreos"

un turismo que se diría en las antípodas del de aventura, que no quiero llamarle activo. Dos son sus rasgos principales: el contacto con la naturaleza, rasgo esencial, por lo demás, de casi todas las formas de turismo -la doctrina sostiene que el turista es un "consumidor" de medio ambiente-, y, si se me permite, cierto "sedentarismo, cierta manera de "asentarse" sobre el terreno elegido.

Se trata de otra forma de consumir el tiempo de ocio, una experiencia que se diría menos competitiva, una fórmula que supera el complejo del "más alto, más lejos, más arriesgado", característico del turismo de aventura. Gana la contemplación, vía de acceso al conocimiento y a la comprensión (la observación de aves es una práctica que cada día cuenta con más adeptos). En granjas y casas de labranza, el contacto con la vida del campo cobra todo su significado. La implicación del turista en tareas propias del mundo rural podría justificar, aquí sí, el apellido activo, pero sólo en algunos casos. Las casas rurales, los campamentos en los que el yoga o la meditación ocupan un espacio definitorio, las estaciones termales y los balnearios son otras posibilidades. La pregunta es bien sencilla: ¿podemos hablar de turismo activo cuando nos estamos refiriendo a una estancia en un balneario? ¿Observar aves es practicar turismo activo?

El golf ocupa un lugar muy destacado en esta nueva manera de enfocar las cosas, a pesar de que a primera vista no parece uno de "esos otros deportes" -espeleología, submarinismo, parapente- a los que se refiere *Otras Fronteras* en su *Guía de empresas de turismo activo*. La gastronomía y el turismo de sol y playa también ocupan un espacio relevante, y tampoco parecen tener nada que ver ni con el riesgo ni con los nuevos productos turísticos.

Es posible que el turismo activo no sea sino una falacia, sólo un rostro atractivo que dé identidad a un enorme cajón de sastre en el que, aparte de las propuestas novedosas -que las hay-, quepan las fórmulas añejas, las que necesitan rejuvenecer su apariencia para seguir vendiendo, las que están obligadas a reverdecerse. En todo caso, la indefinición terminológica, el monumental embrollo que se está gestando en torno a los nuevos productos turísticos -todos verdes, faltaría más-, no debe oscurecer el debate imprescindible que exigen unas actividades cuya repercusión en el medio no se va a hacer esperar.

Ofertas teñidas de verde

Es absolutamente imprescindible un análisis profundo del fenómeno del turismo. Centenares de millones de personas viajan tempo-

rada tras temporada en todas direcciones. Sólo un ejemplo: España acogió durante 1995 a más de 63 millones de turistas. Según la organización no gubernamental Amigos de la Tierra, el daño ambiental más importante -y, sin embargo, no lo suficientemente tenido en cuenta- lo producen los viajes aéreos: en primer lugar, por su elevado consumo de recursos escasos y no renovables -los combustibles fósiles-, y, en segundo, porque contaminan la atmósfera con emisiones perjudiciales que afectan gravemente la capa de ozono. Parece imprescindible, pues, un esfuerzo analítico, un esfuerzo que pasa, en principio, por la delimitación de los “terrenos de juego” y, a continuación, por la definición de las reglas a aplicar a todas esas nuevas maneras de entender el turismo.

Conducidos de la mano de la teoría del desarrollo sostenible, los expertos han llegado a la que debe constituirse en referencia obligada para cualquier nueva actividad turística: el concepto de turismo sostenible. En esencia, para que el modelo de desarrollo turístico pueda decirse sostenible debe asegurar tanto la prosperidad socioeconómica como la conservación de la identidad cultural de los pueblos receptores, debe universalizar la conciencia de que el medio merece ser respetado y protegido, y debe salvaguardar efectivamente ese entorno mediante la formulación de marcos políticos realmente comprometidos con la consecución de ambos objetivos.

Según Gerardo Budowski, presidente de The Ecotourism Society, han sido precisamente “una cierta dosis de codicia -basada a menudo en la falta de planificación y en la especulación-, una escasa consideración hacia las poblaciones locales y, en general, una falta de sensibilidad hacia los aspectos ambientales” las razones que han motivado la crisis que atraviesa el turismo “tradicional”.

Habida cuenta de semejante coyuntura, la industria, preocupada por el descenso de los ingresos procedentes del turismo de sol y playa, está inundando los mercados con ofertas que se llaman alternativas y que, indefectiblemente, aparecen pintadas de verde. El concepto de la sostenibilidad, que tampoco resulta infrecuente en los discursos de presentación, no suele venir acompañado, sin embargo, de estudios de capacidad de carga de las áreas en las que van a comenzar a desarrollarse las nuevas actividades turísticas (*Ecosistemas* 11).

Amigos de la Tierra propone una ambiciosa definición del concepto de capacidad de carga, una definición que pretende ser omni-compreensiva: máximo uso de un lugar o destino sin causar efectos negativos sobre los recursos naturales y paisajísticos y sin producir

"En una tierra que hasta hace tan sólo unos meses padecía una grave sequía, la sostenibilidad se expresa en campos de golf"

un impacto adverso sobre la sociedad, la economía y la cultura del área, de forma que no se reduzca la satisfacción de los visitantes de la misma. Los controles en el uso de bicicletas de montaña, las motos y los vehículos todoterreno, y el uso adecuado de pistas forestales, caminos rurales y vías pecuarias son propuestas que susciben prácticamente todas las organizaciones de defensa ambiental.

No se trata de acabar con el turismo “rural”, término que considero más apropiado que el sintagma “de naturaleza” -el sol y la playa también forman parte de la naturaleza- o el vocablo “ecoturismo”, al que The Ecotourism Society define como “viaje responsable que conserva el ambiente natural y sostiene el bienestar de la población local” (*Ecosistemas* 9/10). De lo que se trata es de regular los flujos turísticos y las maneras de hacer turismo para -precisamente- no acabar con él, porque lo cierto es que, si bien empezamos pasito a paso, ahora ya vamos cuatro por cuatro.

Intereses ocultos

Mientras tanto, en una tierra que hasta hace tan sólo unos meses padecía una grave sequía, la sostenibilidad se expresa en campos de golf: 70 en 1980; 150 en la actualidad. La administración presenta el turismo como alternativa a la agricultura: una hectárea de campo de golf es mucho más rentable que una hectárea de cualquier otro cultivo, clama el ministro del ramo. Sí, pero ¿para quién es más rentable?, inquiera el autor. La Política Agraria Comunitaria pisa el freno mientras el turismo limpia, suaviza y da trabajo -precario y estacional, se quejan los sindicatos-. Pero es que es la alternativa, insisten; “el futuro del empleo está en los sectores del ocio y del medio ambiente”, sostenía Marcos Peña, Secretario de Estado para el Empleo. Así que, agricultor, siembra los campos de golf -si dispones de algunos miles de millones-, y recoge... pelotas -si careces de ese capital-.

¿Una hectárea de campo de golf? ¿Qué significa una hectárea de campo de golf en Almería? “*Green* en Mojácar. Con más de 3.000 horas anuales de sol”. ¿Qué significa en la isla de Mallorca, que bebe agua del Ebro? ¿Qué significa turismo sostenible? El Campeonato del Mundo de golf, *Ryder Cup*, se celebrará en 1997 en Sotogrande (Cádiz); las restricciones de agua se “celebran” ya.

Para John Elkington, coautor, junto con Julia Hailes, de *Holidays that don't cost the Earth*, “en términos de preocupación ambiental, el turismo está actualmente donde las industrias de la energía nuclear y los plaguicidas estaban a comienzo de los años sesenta”.

"El turismo está actualmente donde las industrias de la energía nuclear y los plaguicidas estaban a comienzo de los años sesenta"

Quizá el problema radique hoy en el hecho de que esa preocupación afecta más a unos y no tanto a otros.

Según Sandy Hemingway, de Amigos de la Tierra, “ningún país del mundo ha permitido la destrucción de su litoral y de algunas zonas de sus montañas en la escala y con la rapidez con que lo ha hecho España. Los intereses inmobiliarios, con la excusa de ser altos generadores de empleo -otra vez el empleo, apunto-, han primado sobre la planificación”.

Planificación integrada

La planificación es algo absolutamente imprescindible para que el desarrollo de este sector no atente contra el medio. El primer punto de la Carta del Turismo Sostenible (*Ecosistemas 14*), redactada en la Conferencia Mundial de Lanzarote (abril de 1995), sostiene que el desarrollo turístico deberá ser soportable ecológicamente, viable económicamente y equitativo desde una perspectiva ética y social para las comunidades locales. El noveno “mandamiento” de esa carta está dedicado a la planificación, integrada, del turismo. El Proyecto ECOMOST, llevado a cabo a instancias de la Federación Internacional de Operadores Turísticos, coincide con la apreciación: “entre todos los mensajes, el que reviste una importancia más vital es el de la planificación. Debe haber una idea perfectamente definida de la amplitud y el tipo de zonas que vayan a ser objeto de desarrollo y de las áreas que deben mantenerse libres de él”.

“¿... Y de las áreas que deban mantenerse libres de él?” ¿Está dispuesta la industria a renunciar a esas áreas? Noel Josephides, expresidente de la Asociación de Operadores Turísticos Independientes, sostiene que la industria turística es extremadamente competitiva, que “está motivada por el poder y el dinero, y que es capaz de destruir su propio futuro”. ¿Apocalíptico? Lo cierto es que ejemplos haylos. El crecimiento salvaje ha atentado contra el medio: a nadie se le ocurriría vender hoy la blancura virginal de las arenas de las playas de Denia o Benidorm. Las comunicaciones y los medios de transporte son ahora más rápidos, cómodos y económicos: playas vírgenes, o al menos presuntamente vírgenes, se hallan hoy mucho más cerca que ayer.

Por otro lado, la masificación, los interminables atascos para acceder a un metro cuadrado de arena, las torres altas y delgadas de apartamentos clónicos, atraen cada vez menos a un turista cada vez más aludido por otras latitudes. Y los que ayer eligieron ese destino quizá mañana, si los costes siguen reduciéndose, escojan otros, similares seguramente -discotecas, arena y sol-, pero con aguas

"La industria turística es tan competitiva que es capaz de destruir su propio futuro"

menos “espesas” que las mediterráneas, cascos urbanos menos enladrillados y, sobre todo, servicios complementarios mucho menos gravosos. H. Grill y F. Mailer parodiaban, allá por 1982, el problema: “a los turistas no les preocupa nuestro paisaje, y tan pronto como lo han destruido, viajan a cualquier otra parte. A nosotros, los nativos, tampoco nos concierne: tan pronto como lo destruyamos, nos iremos de vacaciones”.

"El turismo puede complementar las economías agropecuarias, pero jamás debe sustituirlas"

Planificación integrada propone la Carta de Lanzarote. En *Turismo en espacio rural*, el investigador Venancio Bote insiste: “el turismo puede complementar las economías agropecuarias, pero jamás debe sustituirlas”. La razón es tan evidente que parece perogrullada (desgraciadamente, sólo lo parece: agricultor, siembra tus campos de golf...): el turismo sólo será sostenible si también lo es la agricultura; sólo, si también la industria lo es. Las nuevas apuestas turísticas, alternativas a la playa, enfocan hoy el campo abierto, los valles y la montaña. Vestidas de verde, las hay que prometen aventuras; mesa y mantel, arte y cultura juran y perjuran otras; vivencia rural, manos curtidas, cierto que pocas.

Los nuevos productos comparten cartel con fórmulas añejas, pero tan vigentes como el turismo de sol y playa, con apuestas discutibles como el golf o las travesías en todoterreno; con ofertas elitistas y agresivas como los puertos deportivos (construidos, la mayoría de ellos, sin tener en cuenta los estudios de impacto ambiental, según denuncian numerosas organizaciones de defensa del entorno); con proposiciones netamente urbanas, como las que sugiere el Grupo Ciudades Patrimonio de la Humanidad; y con atracciones como las presentadas por algunos grandes parques recreativos: “Tienes que conocer Penitence, el pueblo más divertido del Far West”. Entre nosotros: lo encontrarás en la provincia de Tarragona.